

ya bajo la proteccion del virey de Egipto, seguia una correspondencia regular con Abdalla, quien, por medio de Mehemet-Alí, solicitó la paz y su perdon de la Puerta. Si el bajá no tenia nada que recelar por el lado de tierra, debia temer que el divan de Constantinopla, bloqueando la plaza por mar, interceptase sus comunicaciones con los paises estrangeros, lo que hubiera reducido á su pueblo al hambre, insurreccionado sus tropas, y le hubiera obligado á él à tender el cuello al cordon de la Sublime Puerta. El divan le perdonó, sabiendo que Abdalla podia entregar la plaza á los insurgentes de la Morea; pero le condenó à una multa de tres mil bolsas y á pagar los gastos de la guerra.

El virey, obtenido ya el perdon de Abdalla-Bajá, pidió tambien y obtuvo el del emir Beschir, que recobró su mando, y se aprovechó de aquella circunstancia para hacer conocer su crédito al divan, y para tomar una influencia inmediata sobre el príncipe del Líbano, cuyos intereses políticos se hallan hoy unidos à los de Mehemet-Alí.

A fines del año de 1823, el emir Beschir desembarcó en S. Juan de Acre para ajustar con Abdalla los gastos del sitio de la plaza, y fijar la suma á que debia ascender su parte en la deuda.

De vuelta en el Líbano echó una contribucion de mil bolsas, pues se hallaba bastante necesitado

de resultas de su destierro y de los gastos que le habia ocasionado su residencia en Egipto. Tambien su pueblo estaba empobrecido, y no queriendo el emir indisponerle contra él con un impuesto tan considerable, resolvió hacérsele pagar á su antiguo lugar-teniente general, el jeque Beschir, á fin de vengarse así de los tratos que habia tenido con su hermano Abets para quitarle el mando de la montaña. El jeque Beschir se negó á pagar, y se retiró al Karan, provincia del Líbano; luego volvió á su palacio de Moctura, desde donde se concertó con el príncipe Abets para derribar á Beschir, y aun logró hacer entrar en la conspiracion á tres jóvenes hermanos del príncipe, que hasta entonces se habian estado quietos en sus provincias.

Aquella conspiracion hubiera podido ser fatal al emir Beschir sin el auxilio de Abdalla-Bajá.

El jeque Beschir fué perseguido y preso en las llanuras de Damasco, con una escolta de doscientas personas; fácilmente hubiera podido salvarse; pero habiéndole asegurado un oficial turco, en nombre del bajá de Damasco, que el príncipe del Líbano le perdonaba, se puso en sus manos, y fué conducido à Damasco, donde le despojaron de sus vestidos, le ataron las manos, una sobre el pecho y otra sobre la espalda, y le metieron en una cárcel, donde pasó muchos meses: formósele causa en Constantinopla, y fué condenado à muerte. Cuando le

presentaron el cordon ni siquiera mudó de color, y solo pidió hablar al bajá y al príncipe; respondiéronle que era inútil, que ni uno ni otro podían ya hacer nada, mediando una sentencia emanada de Constantinopla. Entónces el jeque Beschir se sometió á su destino; le ahorcaron, luego le cortaron la cabeza, y su cuerpo descuartizado fué arrojado á los perros.

Ejecutóse esta horrible sentencia á principios de 1824. Los tres hermanos del príncipe fueron presos despues; cortóseles la lengua y se les sacaron los ojos; luego los desterraron con sus familias, cada cual á una aldea, distantes uno de otro. Desde entónces reinó la tranquilidad en el Líbano, y los Chab, gozaron en paz del poder, merced á la activa policía que estableció el emir en su gobierno y á la amistad de Abdalla-Bajá, que no ignoraba sin embargo, las íntimas relaciones que unian al gran príncipe con Mehemet-Alí.

Tal es la política que ha seguido hasta el dia el emir Beschir, y todo anuncia que la seguirá todavía con buen resultado en la nueva crisis en que le ha colocado la lucha de Mehemet-Alí contra el imperio Otomano; el emir no ha tomado ninguna parte en la guerra hasta el momento en que Ibrahim-Bajá, vencedor de San Juan de Acre, ha enviado á Abdalla-Bajá, vencido y prisionero, á su padre á Egipto, y ha entrado en Siria; entónces el

príncipe del Líbano ha debido declararse: segun la costumbre de los orientales, ha visto el dedo de Dios en la victoria, y se ha puesto del lado del vencedor: sin embargo, lo ha hecho como a pesar suyo y reservándose los medios de reconciliarse con la Puerta. Es de creer que si Ibrahim-Bajá experimentase reveses, el emir Beschir se declararia por los turcos, y los ayudaria a aniquilar a los árabes; Ibrahim, que sospecha esta política de dos caras, compromete cuanto puede al príncipe: le ha obligado a darle a uno de sus hijos y algunos de sus mejores ginetes, para acompañarle hácia la parte de Homs, y sus otros hijos, abandonando la montaña, gobiernan militarmente, en nombre de los egipcios, las principales ciudades de la Siria.

La cabeza del emir Beschir pende del triunfo de Ibrahim de Homs; si este es vencido, la reaccion de los turcos contra los cristianos del Líbano y contra el mismo príncipe, será implacable; por otra parte, si Ibrahim permanece dueño de la Siria, no podrá ver mucho tiempo sin zelos un poder independiente del suyo, y procurará ó destruirle por medio de la política, ó derribarle para siempre acabando con la familia de Chab. Si el emir Beschir fuera mas jóven y mas activo, podria resistir a estas dos agresiones, y constituir por mucho tiempo y acaso para siempre, su dominio y el de sus hijos en la parte mas inaccesible, mas poblada

y rica de la Siria; los montañeses que manda son valerosos, inteligentes, disciplinados; los caminos para llegar al centro del Líbano, son intransitables; los maronitas, que son muy numerosos en el Líbano, se sacrificarían por el emir, en virtud del lazo común del cristianismo, y por el odio y el terror del dominio turco.

El único obstáculo para la creación de un poder nuevo en aquellos países, es la diferencia de religión entre los maronitas, los drusos y los metualis, que pueblan en número casi igual, las montañas sometidas á la autoridad del emir; el más firme vínculo de nacionalidad, es la comunidad de las ideas religiosas, ó por mejor decir, lo ha sido hasta aquí. La civilización, a medida que progresa, reduce el pensamiento religioso al individualismo, y otros intereses comunes forman la nacionalidad; como estos intereses son menos graves que el interés de religión, las nacionalidades van debilitándose,—porque ¿qué cosa hay más fuerte para el hombre que el sentimiento religioso, que su dogma, que su fé íntima? Ese sentimiento es la voz de su inteligencia, es el pensamiento en que resume todos los demás; costumbres, leyes, patria, todo reside para un pueblo en su religión; eso es lo que motiva, en mi concepto, que sea tan difícil que el Oriente se constituya en una sola y gran nación; por eso se desmorona el imperio turco. No se ven signos de una existencia común, síntomas de

una nacionalidad posible, mas que en las partes del imperio en que están aglomeradas las tribus de un mismo culto,—entre la raza griega, asiática, entre los armenios, entre los búlgaros y entre los servios;—fuera de ahí, se ven hombres, pero no se ve nación.

3 de Octubre, 1832.

Hoy he bajado las últimas pendientes del Líbano que van de Deir-el-Kammar al Mediterráneo, y he venido a pasar la noche en un kan aislado de estas montañas.

A las cinco de la mañana montábamos a caballo en el patio del palacio del emir. Al salir de la puerta del palacio, se empieza por bajar a un sendero labrado en la peña y que gira alrededor del cerro de Dptedin. A derecha é izquierda de estos senderos, los cuadros de tierra que sostienen los terrados artificiales están plantados de moreras, y admirablemente cultivados; la sombra de los árboles y de las vides cubre por do quiera el suelo, y numerosos arroyos, dirigidos por los árabes cultivadores, bajan de lo alto del monte a dividirse en targeas y a regar el pié de los árboles y los huertos. La gigantesca sombra del palacio y de las azoteas de Dptedin se estiende sobre toda esta es-

cena, y le sigue a uno hasta el pié de este cerro, donde empieza uno a subir otra montaña que sostiene en su cumbre la ciudad de Deir-el-Kammar: en un cuarto de hora de camino llegamos allá. Deir-el-Kammar es la capital del emir Beschir y de los drusos; la ciudad encierra una poblacion de diez a doce mil almas; pero escepto un antiguo edificio adornado de esculturas moriscas y de altos balcones en un todo semejante a los restos de uno de nuestros castillos de la edad media, Deir-el-Kammar nada tiene de ciudad, y ménos de capital, parece un miserable lugaron de Saboya ó de Auvornia.

Acababa de amanecer cuando le atravesamos; las manadas de yeguas y de camellos salian de los patios de las casas, se derramaban por las plazas y las calles no empedradas de la ciudad: en una plaza algo mas espaciosa que las otras, estaban levantadas algunas tiendas de zingaros ó gitanos; hombres, niños, mugeres medio desnudos ó embozados en la inmensa manta de lana blanca que es su único vestido, estaban acurrucados, alrededor de una hoguera, y se peinaban unos a otros, ó buscaban los insectos que los devoraban.

Algunos árabes al servicio del emir pasaban a caballo con su magnífico trage, con armas soberbias en la cintura y una lanza de doce a quince piés de largo en la mano. Unos iban a llevar al

emir nuevas del ejército de Ibrahim; otros bajaban hácia la costa para transmitir las órdenes del príncipe a los destacamentos mandados por sus hijos y que están acampados en el llano. Nada es mas imponente y rico que el trage y la armadura de estos guerreros drusos. Su turbante inmenso, y sobre el cual serpentean, en graciosas vueltas, chales de colores brillantes, proyecta sobre su tostado rostro y sus negros ojos una sombra que realza la magestad y agreste energía de sus fisonomías; largos bigotes cubren sus labios y les caen por ambos lados de la boca: una especie de tunicela corta y de color rojo es una vestimenta uniforme para todos los drusos y para todos los montañeses; esta túnica, segun la importancia y la riqueza del que la lleva, está tegida con algodón y oro, ó solamente con algodón y seda, y elegantes dibujos en que la diversidad de los colores contrasta con el oro ó la plata del tegido, brillan sobre el pecho ó sobre la espalda. Inmensos pantalones de pliegues cubren las piernas; los piés van calzados con borceguies de tafilete rojo y pantuflas de tafilete amarillo por encima del borceguí: sobre los hombros llevan una chaqueta forrada de pieles, con las mangas colgando, como nuestros húsares.

Una faja de seda ó de tafilete, semejante a la de los albaneses, rodea el cuerpo con sus numerosos pliegues y sirve al ginete para llevar sus armas: siempre se ven los puños de dos kangiars ó yata-

ganes, puñales y alfanges cortos de los orientales, salir de aquel cinturón y brillar sobre el pecho; generalmente las culatas de dos ó tres pistolas embutidas de plata ó de oro, completan aquel arsenal portátil: todos los árabes llevan además una lanza muy larga y de madera muy dura, delgada y flexible, como una caña. Esta lanza, su arma principal, está adornada de borlas flotantes y de flecos y cordones de seda; la llevan generalmente en la mano derecha, la punta hácia arriba, y el cuento casi tocando al suelo; pero cuando lanzan sus caballos a galope, la vibran horizontalmente, y en sus juegos militares la arrojan a una distancia enorme y van a recogerla inclinándose hasta el suelo. Antes de arrojarla, le imprime largo rato un movimiento de oscilación que da mucha fuerza al tiro y le hace alcanzar al blanco que designan. Gran número de estos ginetes hallamos en todo el día: el emir Beschir nos había dado además algunos para guiarnos y hacernos fiesta: todos nos saludaron con suma cortesía y pararon sus caballos para cedernos el paso.

A cosa de dos millas de Deir-el-Kammar se disfrutaban unas de las más hermosas vistas del Líbano que es posible imaginar. A un lado sus profundas gargantas a las que vamos a bajar, se abren de repente bajo nuestras pisadas; al otro, el castillo de Dptedin se alza en la cima de su cerro, vestido de verdura y surcado de espumantes aguas, y

enfrente las montañas que bajan gradualmente hasta el mar, unas negras, otras bañadas de luz, se desarrollan como una catarata de colinas y van á esconder sus piés ya en las verdes orillas de los bosques de olivos que cubren las llanuras de Sidon, ya en las playas de arena de color de ladrillo, en las costas de Berut. Aquí y allí, el color de las laderas de aquellas montañas y las líneas variadas de su inmenso horizonte en declive, están cortadas por cimas de cedros, de abetos ó pinos de anchas copas, y en sus bases ó en sus altas cumbres brillan numerosas aldeas.

El mar termina este horizonte; uno sigue con la vista, como en un inmenso mapa ó en un plano de relieve, las recortaduras, los sesgos, las ondulaciones de las costas, de los cabos, de los promontorios, de los golfos de su litoral, desde el Carmelo hasta el cabo Batrum, en una extensión de cincuenta leguas. El aire es tan puro que cree uno que en pocas horas de bajada llegaría a puntos de que le separan tres ó cuatro días de camino. A estas distancias el mar se confunde de tal modo, a primera vista, con el firmamento, que linda con el horizonte, que no se pueden distinguir al principio los dos elementos, y que parece que la tierra nada en un inmenso y doble oceano: solo fijando con más atención sus miradas en el mar, y viendo brillar las velitas blancas sobre su superficie azul, puede uno

esplicarse lo que ve. Una bruma ligera y mas ó ménos dorada, ondea en la estremidad de las olas y separa el cielo y el agua. A veces, leves nieblas levantadas de las vertientes de las montañas por las brisas de la mañana, se desprendian como blancas plumas que un pajarillo hubiera dado al viento, y caian en el mar, ó se evaporaban en los rayos del sol que empezaba á abrasarnos. Dejamos con sentimiento aquella magnífica escena, y empezamos á bajar por un sendero tal, que jamas he visto otro mas peligroso en los Alpes. El declive es casi perpendicular, el sendero no tiene dos piés de ancho; por un lado le ciñen precipicios sin fondo, y por otro tapias de peñascos: la superficie del sendero está cubierta de piedras movedizas y tan alisadas por las aguas y por las herraduras de los caballos y los piés de los camellos, que estos animales tienen que buscar con sumo cuidado los sitios donde han de poner los piés, y como siempre los sientan en los mismos puntos, han acabado por abrir en la piedra cavidades donde se encaja su casco ó su pezuña á algunas pulgadas de profundidad, y solo merced á esas cavidades que ofrecen un punto de resistencia, pueden sostenerse los animales. De cuando en cuando se hallan escalones labrados tambien en la peña á dos piés de altura, ó pedazos de granito redondo por cima de los cuales no se puede pasar, y que es preciso torcer con gravísimo peligro; tales son casi todos los caminos

en esta parte del Líbano. De trecho en trecho las laderas de las montañas se separan ó se achatan, y se anda con mas comodidad sobre capas de polvo amarillo, de greda ó de tierra vegetal: no se concibe como semejante pais está poblado de tan gran número de hermosos caballos y cómo es tan habitual su uso. Ningun árabe, por mas miserable que sea su lugar ó su casa, sale como no sea á caballo, y continuamente los veiamos bajar ó subir con la mayor indiferencia, con la pipa en la boca, por derrumbaderos por donde apenas podrian trepar los corzos de nuestras montañas.

Al cabo de hora y media de bajada, empezamos á entrever el fondo de la garganta que teniamos que atravesar y seguir. Un rio resonaba en sus profundidades, veladas todavía por la niebla de sus aguas y por las copas de los nogales, de los algarobos, de los plátanos y de los álamos de Persia que crecian en las últimas pendientes de la barranca: hermosas fuentes salian a la derecha del camino de las grutas de peñas entapizadas con mil plantas rastreras desconocidas, ó del seno de las herbosas praderas salpicadas de flores de otoño. Pronto descubrimos una casa, entre los árboles, en la márgen del rio ó del torrente que vadeamos; allí nos detuvimos para que descansaran los caballos, y para disfrutar un momento de una de las mas extraordinarias perspectivas que hemos encontrado en nuestra escursion.

La garganta á cuyo fondo habíamos bajado, estaba llena toda entera por las aguas del rio, que hervian al rededor de algunas moles de peñascos derrumbados en su cauce. De trecho en trecho, algunas islas de tierra vegetal daban pié á gigantescos álamos que se alzaban á una altura prodigiosa y proyectaban su sombra piramidal sobre las laderas de la montaña en que estábamos sentados. Las aguas del rio se encajonaban á la izquierda entre dos paredes de granito que parecian haber rajado para abrirse calle; aquellas paredes se alzaban á cuatrocientos ó quinientos piés, y juntándose por su estremidad superior, parecian un inmenso arco que el tiempo hubiera hecho desplomarse sobre sí mismo. Allí, anchas copas de pinos de Italia se estendian como matas de alelíes sobre las ruinas de las tapias viejas, y su color verde sombrío se destacaba sobre el vivo y crudo azul del cielo. A la derecha, la garganta serpenteaba por espacio de un cuarto de milla entre márgenes ménos escarpadas y angostas; las aguas del rio se estendian en libertad, abrazando una multitud de islitas ó de verdes promontorios; todas aquellas islas, todas aquellas lenguas de tierra estaban cubiertas de la mas rica y graciosa vegetacion. Aquella era la primera vez que yo veia el álamo desde que dejé las orillas del Ródano y del Saona. Este hermoso árbol tendia su pálido y móbil velo sobre todo aquel valle del rio; pero como allí no le

poda ni le planta la mano del hombre, crece en grupos y estiende libremente sus ramas con mucha magestad, diversidad de formas y gracia que en nuestros climas. Entre los grupos de esos árboles y algunos otros grupos de juncos y espadañas que cubrian tambien las islas, veiamos los machones arruinados de un añoso puente construido por los antiguos emires del Líbano y desmoronado hace siglos.

Mas allá de los machones de ese puente arruinado, abrirse del todo la garganta sobre una inmensa escena interior de valles, llanuras y colinas sembradas de aldeas habitadas por los drusos, y todo estaba rodeado como un anfiteatro, por una cordillera circular de altas montañas:—aquellas colinas eran casi todas verdes y estaban cubiertas de bosques de pinos. Las aldeas, suspendidas unas encima de otras, parecia á la vista que se tocaban; pero luego que hubimos atravesado algunas, reconocimos que la distancia entre una y otra era considerable por la aspereza de los senderos y por la necesidad de bajar y subir los profundos barrancos que las separan.

Aldea hay de aquellas desde la cual se puede oír fácilmente la voz de un hombre que habla en otra aldea, y sin embargo se necesita una hora para ir desde una á otra. Lo que todavía hacia mas pintoresco el efecto de aquel hermoso pais eran dos vastos monasterios plantados, como dos fortalezas

en las cimas de dos colinas, detras del rio, y que parecian dos colosos de granito ennegrecido por el tiempo: uno está habitado por maronitas que se consagran á la instruccion de los jóvenes árabes destinados al sacerdocio: el otro estaba desierto, y habia pertenecido en otro tiempo á la congregacion de los lazaristas del Líbano;—a la sazón servia de asilo y de refugio á dos jóvenes jesuitas enviados allí por su orden, á solicitud del obispo maronita para dar reglamentos y modelos á los maestros árabes: allí viven en una completa soledad, en la pobreza y en la práctica de una santidad ejemplar. (Mas adelante los he conocido). El uno está aprendiendo el árabe y procura inútilmente convertir á algunos drusos de las aldeas vecinas; es un hombre de mucho talento y saber; el otro se ocupa en la medicina, y recorre el país, distribuyendo medicamentos gratuitos: ambos son queridos y respetados por los drusos y aún por los metualis; pero no pueden esperar ningun fruto de su residencia en Siria. El clero maronita es muy adicto á la iglesia romana; sin embargo, este clero tiene sus tradiciones, su independéncia, su disciplina propia, que no dejaria invadir por el espíritu de los jesuitas; él es la verdadera autoridad espiritual, el gobernador de las almas en todo el Líbano; pronto tendria rivales en corporaciones europeas, activas y militantes, y esta rivalidad le inquietaria con razon.

Después de haber descansado media hora en aquel sitio encantado, volvimos a montar a caballo y empezamos a subir la escarpada cuesta que se alzaba delante de nosotros. El sendero era cada vez mas áspero a medida que se elevaba sobre la última cordillera del Líbano, que nos separaba de las costas de Siria; pero conforme íbamos subiendo, el aspecto del inmenso valle que dejábamos a nuestra derecha, iba siendo mas imponente y grandioso.

El rio que habíamos dejado en el sitio donde habíamos hecho alto, serpenteaba en medio de aquella llanura ligeramente ondulada con numerosos collados y á veces se extendia en grandes charcas de agua azul y brillante como los lagos de Suiza. Las colinas negras, coronadas en sus cimas de grupos de pinos, interrumpian á cada paso su corriente y la dividian á nuestros ojos en mil luminosos ramales. De escalon en escalon, frecuentes cerros, que arrancaban del llano, se alzaban, se acumulaban, se apoyaban unos sobre otros, todos cubiertos de brezos en flor, y salpicados de trecho en trecho, de copudos árboles que proyectaban anchas sombras sobre sus laderas. Grandes bosques de cedros y abetos descendian mas arriba de las altas cumbres, é iban á morir en especillos y claros al rededor de las numerosas aldeas drusas, cuyas azoteas, cuyos galcones y ventanas en arco diagonal, veíamos alzarse entre la verdura de los pinos. Los habitan-

tes, cubiertos de su airosa capa de escarlata y la ofrente ceñida con su turbante de anchos pliegues rojos, subian á sus azoteas para vernos pasar, y abdaban nuevo realce con el brillo de sus vestidos y la magestad de sus actitudes al efecto grandioso, singular, pintoresco del pais. En todas partes manaban hermosas fuentes turcas a la entrada ó á la salida de aquellas aldeas; las casadas y las doncellas que iban á buscar agua en sus largas y angostas cántaras, estaban agrupadas al rededor de los pilones y separaban una punta de sus velos para entrevernos. La poblacion nos ha parecido soberbia; hombres, mugeres, niños, todos tienen el color de la fuerza y de la salud. Las mugeres son hermosísimas; todas las fisonomías llevan estampado el sello de la altivez y de la nobleza sin espresion de ferocidad.

En todas partes nos saludaban con bondad y cortesía: en todos aquellos pueblos nos ofrecieron la hospitalidad: no la aceptamos en ninguna parte y continuamos subiendo, por espacio de tres horas, escarpadas pendientes entre bosques de abetos. Llegamos por fin á la última cresta blanca y pelada de las montañas, y el inmenso horizonte de la costa de Siria se desarrolló de repente ante nuestros ojos, presentándonos un aspecto del todo distinto del que veíamos hacia muchos dias: aquel era el horizonte de Nápoles visto desde la cumbre

del Vesubio ó desde las alturas de Castellamare. El inmenso mar estaba á nuestros piés, sin límites ó solo con algunas nubes aglomeradas en la estrechidad de sus olas: bajo aquellas nubes hubiera podido creerse que se veia una tierra, la tierra de Chipre, que está á treinta leguas mas adentro, el monte Carmelo á la izquierda, y á una distancia á que apénas alcanzaba la vista, á la derecha, la interminable sucesion de las costas de Berut, de Trípoli, de Siria, de Latakíé, de Alejandreta; en fin, confusamente, y bajo las doradas brumas de la tarde, algunas resplandecientes agujas del monte Tauro; pero podia ser ilusion, porque la distancia es enorme. Inmediatamente bajo nuestros piés empezaba la bajada; primero entre las rocas y los brezos secos de la cumbre en que estábamos colocados, luego, cada vez ménos áspera, desarrollándose de cima en cima entre pedregosos collados y verdes copas sombrías de pinos, cedros, robles y algarrobos; luego, por declives mas suaves, entre la verdura mas pálida y amarilla de los plátanos y de los sicomoros: luego seguian en fin colinas grises cubiertas de olivos: todo iba á rematar y morir en la estrecha llanura que separa al Líbano del mar. Allí, en los cabos, se veian antiguas torres morunas que guardan la ribera; en el fondo, golfos, ciudades ó pueblecillos con sus tapias brillantes bajo los rayos del sol, sus ensenadas

abiertas entre la arena, y sus barcas atracadas en la playa, ó saliendo de los puertos ó entrando en ellos á toda vela. Saide y Berut sobre todo, rodeadas de sus ricas llanuras de olivos, de limoneros, de moreras, con sus minaretes, sus cimborios de las mezquitas, sus castillos y sus murallas almenadas, salian de aquel oceano de colores y líneas, y fijaban las miradas en dos puntos avanzados en las olas. Mas allá de la llanura de Berut, el gran Líbano, interrumpido por el curso del rio, empezaba de nuevo á elevarse, primero amarillo y dorado como las columnas de Pesto; luego gris, sombrío, mate; luego verde y negro en la region de las selvas; luego en fin alzando sus agujas de nieve que parecian fundirse en la transparencia del cielo y donde los blancos rayos de la luz dormian en una eterna serenidad, sobre capas de eterna blancura. No tienen un horizonte semejante Nápoles ni Sorrento, Roma ni Albano.

Despues de haber bajado cosa de dos horas, hallamos un kam aislado bajo magníficos plátanos á la vera de una fuente. Es preciso describir de una vez para siempre lo que se llama un kan en la Siria y en general en todos los paises de Oriente:— Es una cabaña cuyas tápias son de piedras mal unidas entre sí, sin argamasa, y que dan paso al viento ó á la lluvia; estas piedras están generalmente ennegrecidas por el humo del fogon que filtra

continuamente por sus rendrijas. Las paredes tienen de siete á ocho piés de altura, y están cubiertas de algunas piezas de madera sin labrar, con la corteza y las principales ramas del árbol: el techo está formado con fagotes secos y retamas; el piso no está empedrado, y segun la estacion, es una capa de polvo ó de barro. Uno ó dos postes sirven de sosten al techo de enramada, y de ellos se cuelgan la capa ó las armas del viajero. En un rincon hay un pequeño fogon levantado sobre algunas piedras en bruto; en él arde continuamente una lumbrada de carbon, y hay una ó dos cafeteras de cobre, siempre lleno del café espeso y farinaceo, refresco habitual y única necesidad de los turcos y de los árabes. Generalmente hay dos piezas semejantes á la que acabo de describir. Uno ó dos árabes están autorizados, en virtud de un censo que pagan al bajá, á hacer los honores de esa hospitalidad y á vender café y las tortas de harina de cebada á las caravanas. Cuando el viajero llega á la puerta de estos kanes, se apea del camello ó del caballo, hace bajar las esteras y las alfombras de Damasco que han de servirle de cama; se estienden en un rincon de la estancia, se sienta sobre ellas, pide café, hace encender su pipa, ó su narguilé, y espera á que sus esclavos hayan cogido un poco de madera seca para prepararle su comida, que consiste comunmente en dos ó tres tortas apenas cocidas, sobre un guijarro puesto á la lumbré,

y en algunos pedazos de carnero picado que se cuecen en una olla de cobre con arroz. Las mas de las veces no se halla ni arroz ni carnero en el kan, y hay que contentarse con tortas y excelente agua muy fresca, que nunca falta en las cercanías de los kanes.

Los criados, los esclavos, los mukres (conductores de los camellos) y los caballos se quedan á cielo raso al rededor del kan. Generalmente hay en las inmediaciones algun árbol famoso y secular que sirve de léjos de punto de reconocimiento á la caravana; casi siempre es una inmensa higuera-sicomoro, árbol que nunca he visto en Europa; es tan grande como los mas gruesos robles y vive mas todavía; su tronco suele tener hasta treinta ó cuarenta piés de circuito, y á veces mucho mas: sus ramas, que empiezan á abrirse á quince ó veinte piés del suelo, se estienden horizontalmente, primero á una distancia inmensa, luego las ramas superiores se van agrupando en conos cada vez ménos anchos, y presentan de léjos la forma de nuestras hayas. La sombra de estos árboles, que la Providencia parece haber puesto en estos sitios de trecho en trecho como nubes hospitalarias sobre el suelo abrasador del desierto, se estiende á una gran distancia del tronco, y no es raro ver hasta sesenta camellos y caballos y otros tantos árabes acampados durante el ardor del dia bajo el abrigo de uno solo de esos árboles; pero en esto, como en

todo, se ve con dolor esa habitual desidia de los orientales y de su gobierno. Estos plátanos, que deberian conservarse con particular cuidado, como posadas naturales, para las necesidades de las caravanas, están abandonados a la estúpida improvisación de los que se guarecen bajo su sombra; los árabes encienden la lumbre al pié del sicomoro, y la mayor parte de estos hermosos árboles tienen el tronco todo ennegrecido y tajado por la llama de las hogueras. Nuestra pequeña caravana se estableció debajo de uno de aquellos magestuosos sicomoros, y pasamos la noche embozados en nuestras capas y tendidos sobre una estera en un rincón del kan.

4 de Octubre, 1832.

Salimos esta mañana del kan, y al cabo de algunas horas de camino por las rápidas pendientes del Líbano, llegamos a las graciosas aldeas que se hallan a mitad de la cuesta. Allí desaparece toda la aspereza de las montañas, y se anda por espacio de dos horas, en medio de los collados mas risueños y mejor cultivados que es posible imaginar. Este pais se parece a la Toscana: pequeñas tápias sostienen por todas partes azoteas de tierra, donde las vides y los árboles se entrelazan cubriendo de sombra, sin impedirles florecer cosechas de to-

336 VIAGE A ORIENTE.

do género. Estas colinas están salpicadas de aldeas donde todo anuncia el orden, la paz, el trabajo, la riqueza; las casas, ó por mejor decir, los castillos de los jeques, los dominan como nuestros castillos góticos dominaban en otro tiempo nuestras villas y lugares: inmensos conventos de monjes maronitas ocupan la cima de los collados como fortalezas. Se ve entrar y salir a los monges que conducen el arado por los campos, ó van a recoger la hoja de las moreras. Los árabes, sin distincion de secso, van a trabajar tranquilamente a los prados, y nos miran pasar sonriéndose como admirados de nuestros trages europeos. El jeque y sus principales servidores, están generalmente sentados sobre una alfombra á la puerta de su castillo ó bajo un gran sicomoro en mitad del camino; el jeque está fumando y nos hace un saludo poniendo la mano sobre su corazón y diciéndonos: ¡Sala el haer! ¡Bendito sea el dia para vosotros, viajeros!

Llegamos en fin al llano, que atravesamos bajo una bóveda de verdura formada por los largos cañaverales, las palmas, las higueras, las vides y las moreras de que está cubierto. De cuando en cuando una casa aislada del cultivador árabe, ó greco-sirio sale de aquella espesa enramada; los muchachos juegan con los carneros de Siria, de ancha cola, delante de la puerta; hermosas jóvenes, con la cara descubierta, llevan sus cántaros de

agua sobre la cabeza, y el padre y la madre trabajan al pié de las moreras, en aquellas hermosas telas de seda de mil colores, cuyos hilos atan de un árbol y que tejen andando a su sombra. La Escocia, la Sajonia, la Soboya, la Suiza, no presentan al viajero mas escenas de vida, de ventura y de paz que las faldas de estas montañas del Líbano, donde no se espera uno encontrar mas que tribus bárbaras.

5 de Octubre, 1832.

He hallado a mi muger y a mi hija en buena salud, y ocupadas en adornar y hermohear nuestra residencia de invierno. He pasado algunos dias con ellas ántes de salir para la Palestina y el Egipto. Ibrahim-Bajá ha alcanzado una victoria decisiva en Homs, avanza hácia la Caramaña, y pasará el Tauro arrollando a los turcos; ya no hay ninguna inquietud en cuanto a la seguridad y tranquilidad de este pais: viajaré sin ningun cuidado por lo que mas amo en este mundo. Nuestros nuevos amigos de Berut, los señores Dianco, Jorelle, Faren, Laurella, Abost, proveerán, en mi ausencia, a cuanto pueda ocurrir. Voy a organizar definitivamente mi caravana, y me pondré en camino, apénas la primer lluvia calme el calor de treinta grados que hace ahora en la costa de Siria